

EL MADRID

DE

ANTONIA

SCOTT



PRÓLOGO DE  
JUAN GÓMEZ-JURADO

Un mundo de novela ... [www.miscolecciones.org](http://www.miscolecciones.org)

**Un mundo de novela ...**  
**[www.miscolecciones.org](http://www.miscolecciones.org)**



Prólogo anexo de *Reina Roja*.

Juan Gómez-Jurado

# **El Madrid de Antonia Scott**

**Antonia Scott - 0.5**

Título original: *El Madrid de Antonia Scott*  
Juan Gómez-Jurado, 2019

Editor digital: Titivillus



## Prólogo de Juan Gómez-Jurado

En noviembre de 2018, cuando salió a la venta *Reina Roja*, muchos periodistas y lectores me preguntaron por qué había decidido escribir un «*thriller* madrileño», en el que mi ciudad no es solo un escenario, sino que se convierte en un personaje más de la historia.

La respuesta es sencilla: nací en Madrid y, después de un tiempo fuera, volví aquí hace algunos años. Al regresar encontré una ciudad muy distinta de la que recordaba; o tal vez fuera yo el que había cambiado. Fue entonces cuando pensé que, después de las modas de los *thrillers* ambientados en Estados Unidos o en fríos y solitarios pueblos nórdicos, tal vez había llegado el momento de contar una trama de intriga que solo pudiera suceder en Madrid.

Éste librito contiene una ruta tras los pasos de Antonia Scott por algunos lugares y rincones de la ciudad. Hay grandes avenidas llenas de ruido y de gente, iglesias antiguas en barrios castizos, museos famosos que todavía guardan secretos y calles donde aún palpitan los mejores versos del Siglo de Oro. Y, por supuesto, bares donde se sirven las mejores croquetas del mundo.

JUAN GÓMEZ-JURADO

Antonia sale de su piso situado en la calle Melancolía, en el n.º 7, para ser exactos, y echa a andar por esas calles que tan bien conoce. Camina despacio, disfrutando del paseo. Mentor lleva un par de semanas tranquilo, lo que en el idioma de Antonia significa «tiempo libre». Y a Antonia le gusta el tiempo libre, aunque en ocasiones no sepa qué hacer con él.

No tarda mucho en llegar a la plaza de Antón Martín, donde se levanta el monumento conmemorativo de la matanza de Atocha, ocurrida hace el suficiente tiempo como para que a ella le quede muy lejos. Solo sabe del asunto lo que ha leído por ahí: un grupo terrorista de extrema derecha entró en un despacho de abogados laboristas de Comisiones Obreras y militantes del Partido Comunista de España y la emprendieron a tiros con los presentes. Cinco personas murieron ese día, otras cuatro sufrieron heridas. Las visibles curarían con el tiempo, las invisibles... ¿Quién sabe lo que pasa con ellas? Antonia, desde luego, no tiene ni idea. Aunque algo intuye.

De aquellos hechos solo queda el recuerdo en bronce que se erige ante ella. Tiene que hacerse visera con la mano derecha para poder mirar la parte más alta de la escultura, en la que las cinco víctimas se abrazan, y que el sol no la ciegue. Porque hoy es uno de esos días soleados de Madrid. El cielo resplandece en un vivo azul.

Es una de las cosas que más le gustan a Antonia de su ciudad de acogida, el cielo. Parece mentira que en una urbe en la que los automóviles privados se dan codazos con autobuses, taxis y furgonetas de transporte, el cielo pueda verse tan limpio. Eso no quiere decir que esté limpio, pero así se ve. Por lo menos desde el asfalto.

Antonia continúa, no tiene una ruta marcada, en Lavapiés no te puedes marcar rutas, el camino lo trazan tus pasos. Y el barrio, que te lleva por donde quiere. No le importa lo que tú esperes de él. Te va a dar lo que le dé la gana. Y si no, no haber venido.

Diferentes restos encontrados en Lavapiés nos hablan de sus inicios como una antigua judería. Lo que queda de un cementerio judío en la calle Salitre, lo que asemeja una sinagoga bajo la iglesia de San Lorenzo y su situación fuera de los muros del Madrid del siglo XV, parecen confirmar esta teoría. Incluso se cree que el barrio debe su nombre a los ritos que realizaban los judíos antes de entrar al templo. Está claro qué ritos eran estos.

En la actualidad las calles y tiendas de Lavapiés bullen de actividad; antiguos establecimientos de venta al por mayor se mezclan con restaurantes indios y tiendas recién nacidas que abrazan una estética *hipster* y que pretenden atraer a una clientela adinerada. Librerías, bares, supermercados, peluquerías y asociaciones culturales se amontonan a lo largo de sus estrechas aceras. En ellas pueden verse seres humanos de todas las razas y culturas habidas y por haber en este mundo. Y por esas estrechas aceras camina Antonia añorando a Marcos y los paseos que daban por su barrio, sin destino, como ahora. Pensaban que tenían todo el tiempo del mundo.

Las tijeras que deciden cuando se corta el hilo de lo que nos mantiene vivos no hacen excepciones ni por amor, ni por odio, ni por ningún otro motivo. Se acabó lo que se daba, hasta luego cocodrilo, hasta aquí hemos llegado, que te vaya bonito, fin, adiós.

A veces Antonia visita alguno de los centros culturales del barrio, hoy no. Hoy el clima invita a vagar por las calles sintiendo los rayos del sol en el rostro. Su museo preferido es el Reina Sofía, que acoge el *Guernica*, de Pablo Picasso. Se dice que hay fantasmas recorriendo las entrañas del museo, ya que ocupa el cascarón de un viejo hospital (con algunos añadidos más actuales), pero ¿quién no tiene algún que otro fantasma escondido?



Cuando va a la Casa Encendida (Antonia adora el nombre y en ocasiones lo repite en voz baja cuando pasa por delante del edificio) le gusta subir a la terraza para ver las vistas. En realidad, no se fija en ellas, pero la posibilidad de que tus ojos se pierdan en la lejanía le da un nuevo significado a la expresión «mirar hacia dentro». Le ayuda a pensar.

Si tiene ganas de algo más alternativo visita lo que antes era la fábrica de tabacos y que en la actualidad, bajo el nombre de La Tabacalera de Lavapiés, acoge mercados, exposiciones de artistas noveles y conciertos. La mayor parte de las veces no entiende lo que está viendo, pero eso facilita las cosas. No extraer un sentido a lo que, en ocasiones, no lo tiene. Al menos para el que lo ve desde fuera.

Sus pies cruzan la calle Atocha sin que ella se dé cuenta y enfilan por la calle del León, adentrándose en las tripas del barrio de las Letras. Antonia está de acuerdo con el nombre. Esas calles estrechas rebosan literatura, de hecho, te salta a la cara desde las grises losetas del suelo. Siente cierta confusión cada vez que camina por esas calles, nunca sabe dónde mirar, si a las armoniosas fachadas del siglo XIX y principios del XX o a las letras doradas que forman frases de autores clásicos bajo las suelas de sus zapatos.

Llega a la esquina de la calle del León con la calle Huertas y sus ojos quedan atrapados por unos brillantes caracteres que forman la frase BÉSAME EN ESTA ESQUINA.

Una pareja se está haciendo una fotografía con el móvil deteniendo para siempre el momento en el que decidieron que era buena idea obedecer una orden pintada en la pared. Ella también tiene una fotografía muy parecida. También en el móvil. También le pareció buena idea. En su momento. Con la persona adecuada.

Separa sus ojos de la orden y de la pareja y continúa unos pasos más, se detiene frente al Rosa Negra, donde solía ir a cenar con Marcos cuando no tenían ganas de cocinar algo en casa. Comida mexicana y deliciosos margaritas. Y a buen precio. No podían pedir más. Hace mucho que no viene, tal vez a Jon le apetezca probar las picantes especialidades del país centroamericano. Algún día. Necesita mentalizarse antes de volver a sentarse a una de esas coloridas mesas con alguien que no sea su marido. Aunque ese alguien sea Jon.

Duda, no sabe si continuar su paseo. Le está trayendo demasiados recuerdos y no sabe si es buena idea. Cada vez le cuesta más seguir adelante con su vida, pero si quiere recuperar a Jorge va a tener que hacerlo. Y le parece un buen motivo. Decide dar un paso más, y luego otro. Y otro. Poco a poco. Siente que está tomando decisiones, pero todavía no sabe cuáles. Tal vez seguir caminando hoy sea una especie de alegoría sobre su vida. Conocer a Jon ha sido bueno. A veces simplificar las cosas en bueno y malo, ayuda.

Frente a ella se alza un hotel, no sabe el nombre y no le apetece leerlo, aunque lo tiene delante de sus ojos. Lo que le gusta de ese hotel son las hormigas gigantes que recorren su fachada. Le arrancan una sonrisa ladeada de los labios. Gira a la derecha en la calle del Prado. Hoy no verá el edificio del siglo XVII que alberga la casa-museo de Lope de Vega. Sí, Lope de Vega vivió en este barrio. Y Cervantes, Góngora y Quevedo. De hecho, los dos últimos no solo eran enemigos literarios, por lo visto la casa en la que vivió Góngora (y de la que fue desahuciado por su propietario) pertenecía a Quevedo. Estas calles guardan mucha historia, y cotilleos, como buen barrio que es.

En apenas unos minutos Antonia alcanza la plaza de Santa Ana, llena como siempre de terrazas. Da igual la estación. Las terrazas ocupan gran parte del espacio de la plaza, al igual que en la cercana plaza del Ángel. Cuando el tiempo es bueno, Antonia se sienta en alguna de ellas y disfruta de un vino. Y unas croquetas, que en La Vinoteca están deliciosas. En esta zona los madrileños conviven en paz con los turistas llegados de todos los rincones del mundo. Es más fácil escuchar conversaciones en inglés, alemán, francés o ruso que en castellano. A Antonia eso le da igual, ella tampoco nació en Madrid, pero ya se siente de aquí. Le gusta esta ciudad sucia, cara y ruidosa. Tiene alma. Acoge a todos por igual, no les pregunta de dónde son o qué han hecho. Los recibe y los cuida. A todos. Ya estén una vida en ella o la pisen por apenas unas pocas horas, Madrid los abraza.

Se adentra en la calle de Espoz y Mina. Agradece no haberse puesto tacones porque el empedrado del primer tramo es mortal cuando se camina sobre esos incómodos zancos, pero es tan bajita que en ocasiones no puede remediar querer sentirse un poco más alta. Más en la media. Ojalá pudiese hacer lo mismo con su cerebro y ponerle, de vez en cuando, unos zapatos planos.

Tarda menos de lo que esperaba en llegar a la Puerta del Sol. Sol para los amigos. Intenta pasar rápido por esa zona con demasiada gente, demasiado ruido, demasiados estímulos. Deja a su izquierda la espantosa estación de cercanías de Renfe. La cucaracha. Porque a ella no la engañan, eso es una cucaracha de cristal. Debe de ser un homenaje a las más discretas habitantes de la ciudad. Siempre elegantes, vestidas de negro. Tiene que esquivar a los visitantes que quieren hacerse una foto con la estatua del Oso y el Madroño, símbolo de Madrid, tan típico como los churros con chocolate y los bocatas de calamares de la plaza Mayor. Hay que reconocer que Madrid no lo ha hecho nada mal en cuestiones de símbolos. Si le dan a elegir, prefiere un bocata de calamares antes que la Torre Eiffel o que el Empire State Building.

Como toda recién llegada ella también corrió a ver la placa del Kilómetro cero cuando se vino a vivir a la ciudad, también se quedó embobada viendo el Reloj de Gobernación, que marca la llegada del nuevo año para la mayor parte de los españoles y también visitó el Corte Inglés. Ahora nada de eso le llama ya la atención, ver las cosas a diario hace que las normalices, pasa como con la violencia o la estupidez, aunque esta última sigue maravillándola.

Un Bob Esponja chungo le hace señales para que se haga una foto con él. Antonia niega con la cabeza mirando al suelo y aprieta el paso. No puede evitar sentir lástima por las personas que, disfrazadas como las versiones maltratadas por la vida de los personajes infantiles más queridos por los niños, intentan sobrevivir en esta ciudad. Hoy la temperatura es agradable, pero, en verano con más de 40 °C a la sombra tiene que ser un suplicio.

Sube por la calle Preciados, cada dos pasos encuentra un nuevo y colorido escaparate que anuncia la nueva temporada de lo que sea: maquillaje, moda, relojes, zapatos. Da igual, si lo quieres, seguro que lo encuentras en Preciados. Avanza a buen paso. No se detiene mucho tiempo frente a ninguno de los ventanales por miedo a ser interceptada por alguno de los trabajadores de las ONG que se dedican a intentar captar socios en esta calle. Sabe que están haciendo su trabajo, pero a ella no le gusta hablar con desconocidos. Tampoco se le da bien ser amable con ellos y prefiere no dar pie a la incómoda interacción social.

La calle Preciados la pone un poco nerviosa, la estresa. La gente avanza sin orden ni concierto. Se paran delante de ti sin previo aviso y tienes que esquivarlos casi en el último momento. Antonia piensa que los seres humanos también deberían llevar intermitentes y luces de freno, pero tampoco cree que un change.org pidiéndolo fuese a tener éxito, así que convive con el desorden de los viandantes como puede, mantiene la distancia de seguridad e intenta circular por la derecha, lo más pegada posible a los edificios que delimitan la calle. Así evita accidentes.

En un momento dado, la calle da paso a la plaza de Callao, el Times Square madrileño gracias a esas pantallas de tamaño monstruoso que se sitúan a su alrededor. En ellas anuncian bebidas, espectáculos, móviles y lo que surja. Pero todo muy luminoso y llamativo, para que no puedas ignorarlas. Esta gente ha estudiado *neuromarketing*, seguro, porque a Antonia le resulta difícil que sus ojos no viajen hasta ellas, incluso pararse para ver qué nuevas necesidades tiene que crearse. Lo que más le gusta de Callao es que es peatonal, igual que Preciados, y ya no hay peligro en quedarse embobado mirando algo, lo que sea, por ejemplo, un anuncio en una pantalla gigante. Ya no puede atropellarte un coche en Callao, y eso, quieras que no, da tranquilidad. Han pensado en todo.

Antonia tiene que decidir qué parte de Gran Vía quiere recorrer hoy, si gira a la derecha, llegará hasta la plaza de la Cibeles, otro símbolo de Madrid, o del Real Madrid, eso todavía no lo tiene claro. A ella no le gusta el fútbol. No encuentra atractivo alguno en seguir con atención a unos cuantos señores en calzoncillos corriendo por el césped persiguiendo una pelota. Si gira a la izquierda, alcanzará en unos diez minutos la plaza de España. Sí, Antonia ha contraído esa enfermedad endémica madrileña que provoca que, sin importar donde estés, si te preguntan cuánto se tarda en llegar del punto A al punto B, contestes con un contundente «son unos diez minutos andando». La enfermedad afecta igual cuando eres tú el que tienes que calcular cuánto tardarás en llegar del punto A al B. Diez minutos. En Madrid todo está a diez minutos. Va a ser cierto que el tiempo es relativo.

Toma la decisión de ir a la izquierda. La boca de metro de Callao escupe gente sin parar, algunas personas esperan frente a esa garganta situada casi en el mismo centro de la plaza. Antonia y Marcos solían jugar a intentar adivinar si esperaban a un amigo o amiga, a la pareja o a quién, por el aspecto de los que aguardaban, Antonia no solía fallar, pero hoy no le apetece jugar. Hace mucho que no le apetece jugar.

Cruza la calle de Jacometrezo y enfila la Gran Vía despacio, disfrutando el ambiente. Ya han acabado las obras y las aceras son mucho más amplias. Hace apenas un año transitar por esa arteria central de la ciudad era un suplicio, ahora lo hace con alegría.

Hace unos meses era más fácil verla pasear por Madrid Río que por la Gran Vía. Por lo menos cuando se decidía a salir de casa, que no era muy a menudo. La Gran Vía estaba en obras y era imposible dar dos pasos sin tragarse dos paletadas de polvo, tropezarse con una valla o tener que esquivar a unos cuantos manteros que ocupaban el poco espacio que quedaba para los transeúntes. De la ribera del Manzanares le gustaba la tranquilidad, los árboles y la cantidad de familias con niños pequeños que por allí había. A

veces se sentaba en un banco y observaba a esos hombres y mujeres que disfrutaban de la vida sin pensar siquiera que, en cualquier momento, se les podía escapar la felicidad entre los dedos. Ella también había tenido un marido. Y un hijo. Ahora estaba sola. O peor que sola, porque a uno no podía llegar y al otro no le dejaban llegar.

No hace mucho tiempo la zona del Manzanares era poco menos que un estercolero venido a menos. El río desprendía un olor que a Antonia se le antojaba no podía ser mejor que el de una letrina en un campo de prisioneros, pero ahora se sentía atraída a ese parque como los mosquitos a una bombilla encendida, sobre todo en verano. El calor de los meses estivales en Madrid es menos agobiante en la playa urbana, donde los chorros de agua son un plus a tener en cuenta si no te gustan las piscinas públicas. Y a Antonia no le gustan las piscinas públicas.



Antonia vuelve al presente, se detiene frente al teatro Lope de Vega donde, desde hace años, se puede disfrutar del musical de *El Rey León*. Vino a verlo con Marcos y Jorge. Algo similar a una pelota de golf se le atraviesa en la garganta y hace que se le humedezcan los ojos con el recuerdo. Eran tiempos felices. Mejores.

Cambia de idea, ya no quiere ir a la plaza de España, así que gira a la izquierda en la primera calle que encuentra y callejea hasta que llega a la plaza de Santo Domingo. Piensa en regresar a casa, pero de repente le apetece visitar uno de sus rincones favoritos de la ciudad: la plaza de la Puerta Cerrada. Desde donde se encuentra puede llegar en apenas diez minutos andando a su nuevo destino (de nuevo ese virus madrileño de los diez minutos), situado en el barrio de La Latina, uno de los más antiguos de Madrid. El nombre de la plaza proviene de una puerta que se construyó en la muralla medieval que ocupaba lo que en la actualidad es esta plaza en el siglo XII, y que solía permanecer cerrada porque era un lugar perfecto para que los ladrones atracasen a la gente honrada y honesta que por ella pasaba. La puerta fue derribada en el año 1569 y las autoridades madrileñas de entonces debieron pensar que ya era tontería cambiar el nombre. Y así se ha quedado hasta el siglo XXI.

El centro de la plaza está ocupado por una enorme cruz de piedra levantada en 1783. Antonia se acerca y mira hacia el este, donde se alza la cúpula de la Colegiata de San Isidro, antigua catedral de Madrid. Mucho más bonita que la actual, si le preguntan a Antonia, sin embargo, nunca nadie se lo ha preguntado. No es la cruz lo que más le gusta de esa plaza, ni las vistas a la colegiata. No. Lo que más le gusta son los murales dibujados en 1983 por el artista Alberto Corazón. En uno puede leerse FUI SOBRE AGUA EDIFICADA, MIS MUROS DE FUEGO SON, y no se trata de ninguna adivinanza, si lo fuese, pocos podrían dar la respuesta a día de hoy.

Esa frase intrigó a Antonia la primera vez que la leyó, y buscó información sobre ella, así averiguó que el verso completo dice «Fui sobre agua edificada, mis muros de fuego son, esta es mi insignia y mi blasón» y no es más que un viejo lema de Madrid, ya que la ciudad fue fundada en un área con abundantes acuíferos, de hecho, algunas teorías dicen que la región se conocía como Matrice, «madre de aguas» en latín. La segunda parte del lema se debe a las chispas que saltaban cuando los asaltantes disparaban sus flechas contra los muros de sílex que rodeaban la pequeña fortaleza de Mayrit, que es como se llamaba Madrid en la época árabe.

A Antonia le hace gracia que muchos madrileños no sepan la historia de Madrid, pero si lo piensa bien, ella no conoce la de Barcelona, que es donde nació. La dio por hecha, no le interesaba mucho; sin embargo, cuando se trasladó a Madrid, leyó mucho sobre la ciudad y sus orígenes y así descubrió que es la única capital europea fundada por los árabes y no solo ese antiguo lema escrito en 1983 en un muro de una plaza da fe de ello, los casi desconocidos *qanat*, también fueron construidos entre los siglos VIII, y IX en plena ocupación árabe. A Antonia le gusta esa palabra, *qanat*, tiene una sonoridad extraña que hace que le guste pronunciarla. Descubrió que los *qanat* se llaman también viajes de agua y son una idea importada de Persia. El subsuelo de la ciudad cuenta con cientos de kilómetros de estos túneles que abastecieron a los madrileños desde el siglo IX al siglo XIX. Muchos de estos túneles han sido destruidos como consecuencia de las innumerables obras subterráneas a las que se ha sometido a la ciudad, pero ahí estuvieron y todavía quedan algunos. Y eso que la UNESCO aconsejó declararlos Patrimonio de la Humanidad, pero oye, si se puede hacer un nuevo túnel en la M-30 o agujerear un poco más por cualquier motivo, hagámoslo, que unos vetustos vestigios históricos no nos nieguen el derecho a hacer un hoyo.

Ante este pensamiento Antonia sacude la cabeza mientras una suave risa cargada de sarcasmo escapa de su garganta. Mira a su alrededor. Nadie la ha oído. No es que le importe, pero prefiere pasar desapercibida. No está el horno para bollos.

Piensa en recorrer la Cava Baja y comerse unas croquetas en la Posada del Dragón, dirige sus pasos hacia allí, pero en el último momento se lo piensa mejor y decide que ya está bien de caminar por hoy. Toma la decisión de regresar a casa. No es que su casa haya sido en los últimos tiempos un hogar, va a tener que comprar algunos muebles. No puede seguir viviendo así. Y menos si pretende recuperar a Jorge en algún momento antes de que le dé nietos.

No tardará mucho en llegar a su edificio, pero le dará tiempo a pensar cómo quiere decorar el piso. Porque Antonia, a lo largo de su paseo, ha concluido que tiene que comprar algunos muebles. Por lo menos los básicos para el día a día: una cama, un sofá, una mesa con sus correspondientes sillas... Esas cosas que facilitan sentirse un ser humano.

Lo bueno de vivir en Lavapiés es que no tardas mucho en llegar a ningún sitio. Sobre todo, si ese sitio está en el centro de Madrid.

Si ella tuviese mucho, pero mucho mucho dinero, no se iría a vivir a La Finca, en Pozuelo. No. Seguiría viviendo en el centro de la ciudad. Le gusta el ambiente, los locales, los turistas, los habitantes, las manifestaciones día sí y día también en la Puerta del Sol, el Rastro los domingos, los restaurantes, el ruido, los coches. Le gusta Madrid. No le gustaría vivir en una urbanización a las afueras, aunque la urbanización fuese tan lujosa como La Finca. De hecho, esta urbanización está considerada como una de las más exclusivas de Europa. Deseada por los millonarios y famosos patrios y no tan patrios. Un chalet adosado puede costar unos dos millones de euros y una casa con un jardín de tres mil metros cuadrados, unos veinte millones, si no más.

Es como vivir en un búnker al aire libre: cámaras, vigilantes de seguridad, detectores de movimiento, infrarrojos y patrullas las veinticuatro horas del día. En La Finca no puedes ni estornudar sin que alguien, en algún sitio, lo sepa.

Antonia no cree que eso sea para ella. Pasear por La Finca tiene que ser la desolación hecha caminata. Sin gente, sin tiendas, sin ambiente. Sin vida. Todo ordenado y bonito. Todo seguro, aséptico. Aburrido. Ella no necesita tanta exclusividad y secretismo, ella no es nadie. Sabe que no es nadie. Y en La Finca solo viven los que creen ser alguien y tienen la pasta necesaria para permitirse pensar que lo son. De hecho, tienen mucha pasta, volquetes de pasta.

A ella que le dejen su centro de Madrid. No ser alguien tiene sus recompensas, como poder caminar por la calle sin miedo, entrar en un bar a tomarse un vino cuando le apetezca sin que nadie la mire, ir a comprar el pan sin necesidad de recorrer varios kilómetros. Detalles. Insignificancias. Minucias.

El que no se consuela es porque no quiere.

¿Para qué quieres una mansión en las afueras teniendo un edificio entero dentro? Sabe que ella también es una privilegiada. Pero menos.

Continúa caminando. Va distraída, sin prestar atención a sus pasos, a lo que sucede a su alrededor. Sigue pensando en La Finca, lo que allí sucedió y que todas las medidas de seguridad no sirvieron para salvar la vida de ese pobre chico. ¿Había facilitado el aislamiento de la zona el resultado final? ¿Habría sido más difícil para el asesino penetrar en un piso dentro de la ciudad? No lo sabe.

Lo que sí sabe es que cuando te mueves por dinero, todo tiene un precio, solo tienes que averiguar cuál es. Recuerda al vigilante que les dejó pasar cuando le dieron aquella bolsa llena de billetes. Les dejó pasar y les ayudó en todo lo que pudo. Él tenía un precio. Ella lo averiguó.

Y para Antonia no solo es sencillo averiguar el precio de otros, para ella también es sencillo conseguir una bolsa llena de billetes. Con un billete pequeño puede conseguir muchos más. Es como el milagro de los panes y los peces, solo que le lleva algo más de tiempo. Tampoco mucho más tiempo. Para eso inventó Dios los casinos, para que gente como ella pudiese ganar mucho dinero y muy rápido. No es que lo haya hecho a menudo, pero el Casino de Torrelodones está ahí para cuando lo necesite. A ella los casinos siempre le han parecido casposos, y el de Torrelodones también se lo parece, por mucho concierto que programe y por mucho que cuide su cocina y sus bares. Por mucha decoración cuidada, por mucho que lo disfraces de elegancia, no deja de ser un lugar al que vas con la idea de salir más rico de lo que entraste y no suele cumplir tus expectativas. Excepto si eres Antonia, que entonces sí las cumple.

Los juegos de azar es lo que tienen.

Aun con lo que Antonia piense sobre los casinos, aproximadamente medio millón de personas visitan cada año el de Torrelodones, así que algún atractivo tiene que tener. Los casinos gustan, aunque ella no lo entienda. Y gustan a muchos, por lo visto. El otro día leyó que solo en 2018 Las Vegas,

ciudad casino por excelencia, había recibido más de cuarenta y dos millones de visitantes.

Está cerca de su casa ya y se resiste a terminar el paseo, se arrepiente de no haber ido a comer croquetas a la Cava Baja. Se desvía del camino que la llevará a su vacío apartamento. Gira a la izquierda en Tirso de Molina no sin antes parar a mirar los ramos llenos de color que los floristas tienen expuestos en la plaza. Ha comprado uno de margaritas naranjas y moradas. Ha pensado que es tan buen momento como cualquier otro para poner unas flores en un jarrón y empezar a hacer hogar. Ni recuerda cuándo fue la última vez que compró flores porque sí. Seguro que antes de lo de Marcos. Seguro que antes de que todo se fuese a la mierda.

Enfila por la calle Doctor Cortezo acunando las margaritas entre sus brazos. Se cruza con mucha gente. Algunas personas la miran y sonríen. Al mirarla nadie diría que esa mujer bajita es la Reina Roja y que se dedica a lo que se dedica. No. Solo ven una mujer bajita con un bebé de margaritas naranjas y moradas y eso les hace sonreír. Antonia no se da cuenta, pero ella misma va sonriendo y cuando sonrío, es posible vislumbrar lo hermosa que es en realidad. No es una belleza, tampoco nos volvamos locos, pero su rostro se ilumina como un árbol de Navidad.

Alcanza la calle Atocha y gira a la derecha pasando por la puerta del teatro Calderón. Le gusta, es un edificio bonito y dentro de él pasan cosas aún más bonitas. Ahora hay un cartel que anuncia el musical de *West Side Story*, no sabe cuánto tiempo estará, pero debería ir a verlo, le gustó mucho esa revisión moderna del clásico de *Romeo y Julieta*. No es el *El Rey León* y seguro que lo quitan pronto.

Va a buen paso porque ahora tiene prisa por llegar a donde quiere ir. Es una mujer con una misión y piensa cumplirla. De nuevo agradece llevar calzado cómodo, aun así, sus pies empiezan a resentirse. No ve el momento de llegar.

Cruza la calle Atocha a la altura de la iglesia de San Sebastián, destruida por una bomba de la aviación franquista en 1936 y restaurada entre 1943 y 1959. Otro de esos datos que Antonia leyó al llegar a Madrid y que su memoria se empeña en recordar cada vez que pasa por delante del edificio. Su memoria conserva demasiados datos, pero ya se ha resignado a ello.

Le falta poco para llegar, ya puede ver, no muy lejos, la plaza de Antón Martín, donde comenzó su paseo, y con ella, su destino: La Ferretería, donde ya anticipa la comanda: una copa de vino de la Ribera del Duero y uno de esos platos de jamón con sabores que tanto le gustan. Hoy es una taberna y restaurante, y muy bueno si le preguntan a Antonia, pero hace no mucho era lo que su nombre indica, una ferretería, la más antigua de Madrid, inaugurada en el año de Nuestro Señor de 1888. De la vieja tienda donde la señora María Jesús se pasó toda la vida despachando tornillos y tuercas queda la barra, que es el mostrador original, y las paredes forradas con los cajones que conservaban esas pequeñas piezas de metal.

La noticia de que María Jesús iba a tener que vender su ferretería no sentó bien en el barrio, pero al final fue inevitable. A Antonia, como a todo vecino de Lavapiés, le dio pena pensar que un pedazo de la historia viva de la ciudad cerraba; sin embargo, el cambio no ha sido tan nefasto como anticipaba y los nuevos propietarios han conservado la fachada y han integrado los elementos originales del establecimiento en su decoración. Algo es algo.

El primer día entró en la nueva taberna intentando encontrar algo que criticar, deseaba que no le gustase porque, de gustarle, sentiría que estaba traicionando a María Jesús, a quien no conocía personalmente, pero claro, la historia es la historia. Por algo tenemos que sentirnos indignados y para Antonia este era tan buen motivo como cualquier otro. No tardaron mucho en ponerla en su sitio: el servicio excelente, el local acogedor y moderno y el jamón... ¡Ay, el jamón! Le pusieron delante un plato de jamón ordenado por cortes y un señor muy amable le indicó cómo tenía que comerlo. Ella siempre lo había comido con las manos y a ser posible, en abundancia, pero atendió a las explicaciones del amable caballero con atención. Algunos cortes estaban acompañados de wasabi, de pedazos de fresa y de sésamo, algo que de buenas a primeras no la entusiasmó, pero había ido a criticar y parecían estar poniéndoselo en bandeja. De jamón, para ser exactos.



Desde esa primera cata ha vuelto allí varias veces, todas las que ha podido. Y no se arrepiente de nada. Seguro que a Jon también le gusta. Tiene que venir con él.

Antonia abre la puerta de la taberna, se acomoda en una de las banquetas y posa su ramo de margaritas junto a ella mientras ve cómo un camarero se aproxima.

—Un vino tinto Ribera y un plato de jamón, gracias.

Espera a que llegue el pedido mirando a su alrededor y pensando que ha sido un buen día. Solo podría haber sido mejor si pudiese compartir este plato de jamón con Jon. Le echa de menos.

*A ver si Mentor llama pronto, piensa.*



JUAN GÓMEZ-JURADO (Madrid, 1977), es licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad San Pablo CEU. Como periodista, su carrera profesional ha pasado por las redacciones de Canal Plus, Cadena SER, diario ABC, TVE y La Voz de Galicia. Colabora con las revistas *Qué Leer*, *JotDown Magazine* y *New York Times Book Review* y participa en programas de radio y televisión.

Su primera novela, *Espía de Dios*, un *thriller* sobre un asesino en serie en el Vaticano, ha sido publicada en 45 países además de en España, convirtiéndose en uno de los mayores éxitos internacionales de la literatura española junto a autores como Javier Sierra y Carlos Ruiz Zafón. Su segunda novela, un *thriller* de aventuras ambientado en la actualidad, se publicó en varios países del mundo con el título de *Contract to Paradise (Contrato al Paraíso)*, y en muchos otros con el título original en España, *Contrato con Dios* alcanzando la lista de los más vendidos en naciones como Alemania, Italia, Reino Unido, Holanda, Finlandia y Serbia. Su tercera novela, *El emblema del traidor* recibió el VII Premio Internacional de Novela Ciudad de Torrevieja en septiembre de 2008 (premiado con 360.000 euros) y está en vías de traducción a 40 idiomas, también alcanzando la lista de los más

vendidos en muchos países. Varias de sus novelas están siendo adaptadas al cine.

Su último *thriller*, *Reina Roja* (2018), se ha convertido en un gran fenómeno de ventas, con más de doscientos cincuenta mil ejemplares vendidos, y ha consagrado a su autor como uno de los máximos exponentes del género a nivel internacional. Actualmente es colaborador en varios medios y cocreador de los podcast *Todopoderosos* y *Aquí hay dragones*.

Última revisión por UMDN: 13 de diciembre de 2021

